

BONDADES DE LA GLOBALIZACIÓN Y DEL DIÁLOGO POLÍTICO

Por: Héctor Ceballos Garibay

Viajar y abrirse al mundo mental y económicamente es la mejor forma de conseguir el progreso material e intelectual de las personas. En este sentido, es funesto ver cómo en gran parte del planeta todavía existen posturas políticas cerradas, aislacionistas, separatistas y ultranacionalistas, todo ello en una época donde impera la globalización y cuando los fenómenos económicos, políticos y ecológicos tienen repercusiones inmediatas que abarcan a la Tierra en su conjunto. Siendo este proceso de interrelación internacional un fenómeno irreversible y continuo, resulta retardatario querer imponer social o políticamente una conducta social sustentada en una supuesta superioridad de cualquier etnia, raza, religión o clase social. Desde esta perspectiva, tan nefasto es el discurso xenófobo de Donald Trump y de los políticos neo-fascistas, como condenables son los actos terroristas de los extremistas musulmanes. Una misma alma sectaria y retrógrada hermana a la ultraderecha con la ultraizquierda, obsesionadas ambas en pugnar por la separación nacionalista y al reivindicar una ilusoria supremacía de una región o provincia determinadas. Otra cosa muy distinta es reconocer las bondades de las autonomías locales, respetando el marco jurídico de las Constituciones y la pertinencia de los convenios políticos y económicos que procuran una mayor integración económica o política en grandes zonas regionales y en el plano mundial. La postura progresista, en estos tiempos, consiste en reconocer que estos acuerdos internacionales son positivos y necesarios ante los desafíos planetarios comunes: la destrucción ecológica, el terrorismo fundamentalista, la violación de los derechos humanos, el narcotráfico, las enfermedades epidémicas y, tal como lo han revelado recientemente los “Papeles de Panamá”, la existencia de paraísos fiscales en países que facilitan el blanqueo de capitales y la evasión de impuestos en provecho de empresarios y políticos codiciosos y corruptos.

Hay motivos para ser optimistas, pues casos ejemplares como los Acuerdos de París –para combatir el cambio climático- y el restablecimiento de relaciones diplomáticas entre Cuba y Estados Unidos corroboran que no es la estrategia de la cerrazón, el bloqueo, el garrote y la intervención militar la solución de los diferendos existentes entre países y gobiernos. Al contrario, debe respetarse la soberanía nacional de los pueblos y éstos deben incorporarse a los tratados multilaterales, al comercio internacional, a la comunicación instantánea que nos ofrece el ciberespacio, al flujo incesante de ideas, tecnología, arte, migrantes y turistas por todo el orbe. Es a esto a lo que le apostó el presidente Obama en el caso de su histórico viaje a Cuba: a que había que cambiar lo que en más de 50 años no estaba funcionando. Ciertamente: la democracia no se exporta ni se impone desde fuera, más bien es resultado de una cultura civilizatoria que se construye poco a poco y a partir del cambio mental de la gente. Y para transformar la idiosincrasia de los pueblos, para que éstos exijan sus derechos y libertades, para que prefieran el sistema pluripartidista y la no reelección indefinida de sus gobernantes, lo mejor no es el bloqueo o la hostilidad sino el diálogo y la cooperación. Las diferencias políticas entre Cuba y Estados Unidos seguirán existiendo, pero es inteligente de parte de Raúl Castro aceptar que su país necesita capitales extranjeros y divisas por concepto de turismo para lograr la sobrevivencia de la endeble economía cubana; asimismo, la astucia de Obama consiste en apostarle a que será el proliferante intercambio de ideologías, mercancías y personas lo que hará que los cubanos por sí mismos y más temprano que tarde promuevan un cambio de régimen político en la isla.

El amor al terruño y la renovación de las tradiciones ancestrales propias no se riñe con la admiración profesada a otras maneras civilizatorias de ser y actuar. Tal como lo demuestra la experiencia del arte inmortal que se produce aquí y acullá, no hay nada más revolucionario y enriquecedor que mantenernos en contacto con todas las culturas del orbe, viajar por el mundo, aprender de las virtudes y los defectos que afloran en la diversidad humana, y así reconocer los enormes

beneficios del libre tránsito de bienes, opiniones, satisfactores y enseñanzas, concebidos como derechos universales de cada individuo.

17 de abril de 2016, Sés Jarhani, Uruapan, Mich.